

Margarita Aguirre

El confidente de las madrugadas



E costaba recordar cómo empezaron los encuentros. Se habían conocido durante el día, posiblemente la vez aquella en que se quemaron los taponés de la electricidad del edificio y de todos los departamentos salieron voces y miradas interrogativas. Después, se habían visto un par de veces en casa de un viejo matrimonio. Inmediatamente los acercó el hecho de habitar en la misma casa. El tenía una voz suave y los ojos cansados, fumaba constantemente con un nerviosismo que sorprendía en su tranquilidad de viejo profesor. Conocía también a su mujer y a la sobrina que vivía con ellos. Las dos eran opacas, delgadas y enfermizas como si de tanto estar juntas pudieran llegar con el tiempo a fundirse en una sola persona. No se las veía hablar nunca y siempre salían de a una, caminando apuradas, a hacer las compras. El daba clases por las tardes y durante las noches trabajaba en la redacción de un diario. Llevaba siempre el mismo abrigo y no costaba

acostumbrarse a su fisonomía gris, donde sólo relucía, así como una burla, el constante cigarrillo en sus labios.

Lo veía venir por la acera desierta, las solapas del abrigo levantadas, escrutando el cielo a la luz de los faroles próximos a perder su dominio, que renunciaban a toda competencia con la claridad que se anunciaba ya, irremediablemente. En vano pretendía apurar el paso y evitar el encuentro. Una necesidad más fuerte que ella misma—creada con extraña paciencia a través del tiempo—la impulsaba a esperarlo. El no se apresuraba, ni denotaba la menor premura en iniciar la conversación. Y era esa actitud, precisamente, la que más le mortificaba. Tal vez en los primeros encuentros él había incitado a la confianza con una sonrisa comprensiva y generosa. Y al confesarle que estar de pie en el corredor la cansaba terriblemente, él mismo la había ayudado a abrir la puerta de su departamento y hasta habría sido solícito y amable al penetrar en el ambiente cálido y suave del «living», donde las persianas bajas, las flores cayendo sobre ceniceros repletos de colillas y una que otra prenda de ropa dispersa por encima de los muebles, conservaban aún la sensación de noche, con la complicidad precisa de la media luz.

Le había resultado fácil comenzar a hablar y había agradecido su comprensión casi sin palabras, insinuada apenas en la mirada fija que le hacía posible ese primero y único desahogo en su vida. Una vez que uno ha comenzado es imposible volver atrás. Demasiado

tarde comprendía ahora que ya nunca le sería dado desentenderse de ese hábito adquirido tan inocentemente.

Entraban en el «living», prendía la luz, nerviosa y apresurada, se sacaba el abrigo, se arrellanaba en el diván cubriendo las piernas con su pollera y se echaba para atrás el cabello en un último gesto. Él se sentaba al frente, inmutable en su actitud de fumador que espera. Y ella comenzaba a hablar lentamente, entregándose en cada palabra, sin vacilaciones, consciente de la importancia que ese momento tenía en su vida. Y a medida que hablaba, recordaba cosas que jamás había sospechado recordar, y cada detalle, cada gesto, se le presentaba con tal intensidad que, sin darse cuenta, se sentía vivir—no sólo en el presente—sino en toda esa vida anterior que tantas veces creyó taciturna y sin interés y que ahora comprendía que sólo era así porque la había dejado quemarse sin sentir la hoguera, y que de ese humo seco y sin apagar renacía para poder al fin agotarla plenamente.

Mientras la madrugada vencía con tenacidad a los faroles, infiltrándose por todas partes, ella se entregaba al placer profundo de quien recupera lo propio en el mundo mágico y nebuloso de las palabras. De repente callaba. Luego decía:

—No quisiera cansarlo. Ya debe ser demasiado tarde. Otro día seguiremos hablando. Buenas noches.

Al estirarle la mano—ese gesto cansado y lánguido de los que retornan de un continente lejano con gran

dificultad—se deshacía de golpe, todas las veces lo mismo, el encanto oculto de esas confidencias en la madrugada. Lo veía marcharse, frío e invulnerable, con el aire suficiente de quien ha cumplido su deber a conciencia, de quien se aleja después de un trabajo fatigoso, necesario, pero tal vez indiferente.

Una noche lo espío a través de la puerta entreabierta. Lo vió caminar con paso seguro y pesado hasta el fondo del corredor, tirar el cigarrillo al suelo frente a la entrada de su departamento, apagarlo con el pie mientras buscaba en el bolsillo de su pantalón las llaves. La puerta se cerró después y sólo quedó la hendidura de luz a ras del suelo con ese silencio vacío y cansado como sus ojos y ese misterio de una raya luminosa que no habla ningún idioma.

Ella se preguntaba cuál sería la extraña razón para que noche a noche ese hombre desconocido se sentara a escucharla en actitud paciente y resignada. Fuera cual fuera su propósito, lo cierto es que ella comprendía perfectamente que se hallaban ligados por una curiosa fuerza. En vano se decía que a la madrugada siguiente evitaría el encuentro. Este se había convertido, a través del tiempo, en la necesidad más urgente y terrible de su vida. Y ante cada fracaso comenzó a odiarlo oscura y profundamente, con raíces delgadas y penetrantes que surgían de lo más hondo de sus entrañas. Y a vivir en función de este odio sometido y amargo que la madrugada hacía desaparecer cada vez que comenzaba a hablar con ese placer voluptuoso e

impreciso de quien concluye por fin con la intensidad de un pasado sin muerte.

¡Las confianzas en la madrugada! Tan sólo ellas no supieron del odio terrible y venenoso que se fué extendiendo por sus días como un remedio amargo y amarillo, y que fué el culpable de que, sonámbula y concluída en esa incierta mañana de raicillas tenebrosas, una tarde saliera a vagar por el estrecho y mal alumbrado corredor que separaba los dos departamentos. Recién comenzaba a oscurecerse, el milagro de la madrugada estaba muy lejos y ese caminar pesado y lento la emborrachó en tal forma que, sin saber cómo, se encontró de golpe en medio del «living», donde las dos mujeres cosían en silencio.

—¿Así comparten ustedes su vida?—les preguntó desencajada y fuera de sí. E iluminándose repentinamente inventó una larga historia, contradictoria, absurda. Después las miró desafiante y finalizó:

—Y como estoy aburrida de ser su amante, díganle ustedes, si son capaces, que me deje tranquila.

La más vieja de las dos dijo entonces, casi sonriendo:

—Mi marido sentirá mucho todo esto. Está por terminar el libro. Ese libro con que ha soñado desde muchacho y que sólo al oírla a usted ha podido realizar. Pensaba contárselo después, e incluso dedicarle por impreso esta primera obra. Siempre me ha dicho que si no hubiera sido...

No siguió escuchando. El odio y sus finas y pene-

trantes raíces se había convertido de golpe en la más negra y desamparada tristeza. A tientas volvió a su departamento. Ni siquiera cerró la puerta tras ella. Al dejarse caer en el diván, susurró dramáticamente:

—Pensé que una extraña fuerza nos unía, que la madrugada era cómplice de la única confidencia que no tendría palabras.

—Romanticismo, no— dijo entonces la voz del hombre desde el umbral—. Aquí hemos jugado limpio. Usted vivió por primera vez su propia vida agotándola lentamente, como pocas pueden hacerlo, teniendo al fin conciencia plena y total de ella al entregarla. Y yo, el confidente gris de las madrugadas, la recogí para otros. Eso es todo.